

El camino del Ebro

Cantabria, Castilla y León, País Vasco,
La Rioja, Navarra, Aragón y Cataluña

Juan Manuel Arnal Lizarraga
Confederación Hidrográfica del Ebro

TENER la suerte de poder unir la profesión y la diversión es un privilegio. Yo he tenido esa suerte, como niño zaragozano que nació cerca de la ribera del Ebro, nadó, pescó y remó en sus aguas, para más tarde desarrollar casi toda la vida profesional en la confederación hidrográfica que gestiona su cuenca y añadir la satisfacción de haber participado en la aventura colectiva de poner en marcha este Camino Natural. Parece una osadía pretender haber redescubierto este camino de las riberas del *Hiberus flumen* romano, transitado y navegado durante más de dos milenios, puerta de civilizaciones y lugar de confrontaciones, cauce de vida de los hombres y de la naturaleza, en donde se une la veneración al mito del *Padre Ebro* con sus leyendas y la realidad de domeñar (o al menos intentarlo) sus aguas.



Esta vía atraviesa directamente siete de las nueve comunidades autónomas que conforman el territorio de la cuenca del Ebro: Cantabria, Castilla y León, País Vasco, La Rioja, Navarra, Aragón y Cataluña. Las otras dos comunidades, Castilla-La Mancha y la Comunidad Valenciana también conectan con el camino indirectamente, mediante los cauces de los afluentes en las cabeceras de los ríos Jalón y Guadalupe, respectivamente. En su día, la colaboración entre la Federación Española de Deportes de Montaña y Escalada, las administraciones autonómicas y locales, la Confederación Hidrográfica del Ebro y el Ministerio de Medio Ambiente, y Medio Rural y Marino supuso recuperar y mantener la continuidad de los más de novecientos kilómetros de su trazado.

Si se me permite, recorreremos el río Ebro en estas breves líneas, señalando los hitos y parajes del trayecto que más me fascinan o motivan, en la creencia de que al lector o caminante le ayudarán a descubrir conmigo esa magia que impregna sus orillas. Para ello comenzaré desde su desembocadura para remontar en busca de sus fuentes. En el delta, a escasos metros del mar, el camino discurre entre arrozales y su escasa altura sobre las aguas hace que en primavera, con el caudal alto y los arrozales encharcados, más que andar sobre la tierra firme nos cree la ilusión de navegar, al tener a la par y a la altura de la vista las embarcaciones que lo surcan y, a los pies, las aves acuáticas que se alimentan en los arrozales. Pasando por el minimalista puerto pesquero fluvial de Deltebre, se piensa en las miles de avenidas que durante siglos han conformado esta llanura deltaica, sus lagunas y bocas; con un poco de suerte, nos sobrevolarán los rosados flamencos que se refugian en la cercana laguna de El Garxal.

Continuando hasta Tortosa, bella ciudad situada a los pies de la fortificación musulmana de la Zuda, su castillo indica que el

río fue línea de frontera, pero también entrada de caminantes hacia Santiago, como lo atestigua el portal del Romeu, paso de entrada de los peregrinos a la ciudad, que arribaban por la antigua ruta de navegación costera desde Amposta. Sobre el puente metálico tortosí, vemos el extraño monumento situado en el centro de las aguas, recordatorio de que también fue un río de sangre en la batalla del Ebro. En la cercana población de Xerta, un azulejo con marcas y fechas adosado a la puerta de su iglesia nos indica la altura de las numerosas riadas históricas desde 1617. El camino discurre por las Terres de l'Ebre entre mandarinos y naranjos por una antigua vía de ferrocarril, en la que también confluye el Camino Natural del Baix Ebre, hasta que, una vez pasados los congestos que abren el paso del cauce por las cordilleras Costero Catalanas hacia el mar, el valle se abre bajo la protección del castillo templario de Miravet. En esta población nos encontramos con uno de los en otro tiempo abundantes pasos de barca en toda la ribera, que la comunica con la vecina Rasquera, sita en la otra orilla.

Entre vides y frutales, el vapor humeante de la imponente chimenea de la central nuclear de Ascó nos indica que el río también es fuente de energía. La misma energía que se vuelve hidráulica al entrar en tierras aragonesas con los embalses de Ribarroja y Mequinenza, cuya construcción en los años 60 supuso la inundación de los antiguos pueblos de Fayón y Mequinenza, con el sacrificio de un modo de vida y rica historia de unos, para generar riqueza y seguridad de otros muchos aguas abajo. En la localidad de la nueva Mequinenza y bajo su imponente castillo, rememoramos la antigua navegación de los *llaiüts*, embarcaciones de madera cargadas de carbón, y con ellas, la vida de los hombres y mujeres de la ribera, vida sobriamente reflejada en la novela *Camí de sirga* del escritor Jesús Moncada. Las aguas del embalse nos acompañan durante decenas de kilómetros de este «mar dulce» rodeado de montes



de pinares y matorral donde abundan los ciervos, corzos y jabalíes; sobre sus aguas es habitual la presencia de pescadores deportivos de varios países que se afanan en capturar a «los monstruos acuáticos», los grandes siluros de varias decenas de kilos introducidos ilegalmente en la década de los 70.

Atravesamos una zona del valle del Ebro que, por sus características climáticas, nos traslada a zonas desérticas, sólo fertilizadas con las aguas elevadas del río, como vemos en la antigua noria del monasterio cisterciense de Rueda, en Escatrón. Caminando por las motas de defensa que protegen campos y poblaciones, ya cerca de Zaragoza, seremos conscientes de la fuerza del río y viendo sus meandros abandonados, los *galachos*, también nos percataremos de su capacidad de generar vida; los carrizales, tamarices, mimbreras y otras plantas de ribera amparan a las aves, mamíferos y reptiles. En los bajíos donde el agua «ríe», las siluetas de numerosas cigüeñas, garzas y garcetas se destacan sobre el verde fondo, dedicadas a la pesca con sus picos al paso de barbos, carpas, alburnos y madrillas.

Ya estamos en Zaragoza, mi querida ciudad, en su puente de Piedra y, viendo sus tajamares, se aprecian en sus piedras calizas los vestigios de las grandes avenidas que lo han destruido en varias ocasiones, como se refleja en el cuadro, conservado en el Prado, de Juan Bautista Martínez del Mazo, en donde se plasma el puente destruido en la riada de 1643. De pequeño y sobrecogido, pude presenciar la avenida de enero de 1961 que inundó decenas de miles de hectáreas, con el desalojo de algunas poblaciones en toda la ribera. Esta riada, con un caudal de más de 4.000 metros cúbicos por segundo, contrasta con los menos de 30 que discurren bajo el puente en los estiajes; en esos días la fuerza de las aguas formó el hoy espacio natural protegido del galacho de Juslibol, meandro abandonado por el río que atravesaremos en nuestro caminar.

Los frondosos sotos y los campos de labor nos acompañan hasta la muga con Navarra, flanqueada la margen izquierda del río por los altos cortados de blanquecino yeso que caen sobre el río y, en la derecha, por la poderosa silueta del Moncayo, que con sus más de 2.300 m domina todo el valle. Ya en Navarra, el azud de Pignatelli, en el hermoso paraje de El Bocal, en Fontellas, es el nacimiento del Canal Imperial de Aragón, vestigio vivo del intento ilustrado e inacabado de unir el Ebro medio con el Mediterráneo mediante la navegación, y hoy en día solamente con uso para regadío y abastecimiento. El palacio de Carlos V, sobre los vestigios del primer azud, y la antigua posada del poblado decimonónico nos rememoran esa navegación que mediante tiro de caballerías remontaba las embarcaciones desde Zaragoza.

Nuevamente cruzamos otro buen puente de piedra en Tudela, de diecisiete arcos. Atravesando su feraz huerta continuamos entre sotos y meandros por el amplio valle. Aquí, de nuevo, confluye el trazado de otro Camino Natural que, aprovechando el trazado de una antigua línea ferroviaria, nos acerca a las faldas del Moncayo por la ribera del río Queiles, para unir al Ebro con el Duero por el Camino Natural del Agua Soriano-Camino Antonino. En la cercana Castejón y en la desembocadura del río Aragón, el dicho popular «Arga, Ega y Aragón hacen al Ebro varón» nos habla de los fuertes caudales que aportan estos ríos, dando al Ebro gran parte de su poder. Por sus aguas descendían las almadías formadas con los troncos de los montes pirenaicos, como sucedía también en los ríos aragoneses del Gállego y Cinca —aquí se denominaban navatas a estas efímeras plataformas de troncos—. No sólo se descendía su cauce sino que también se remontaba, en algún caso para el saqueo; en el año 859 una incursión normanda (o vikinga, si se prefiere), remontando el Ebro desde Tortosa, luego el Aragón y su afluente el Arga, llegó hasta Pamplona, atacando la

...
en la página anterior
Delta del Ebro. Tarragona. Cataluña



...
Cencellada invernal en los sotos del Ebro en Tudela. Navarra



...
El Ebro a su paso por tierras de San Asensio. La Rioja

población y secuestrando a su monarca. Como se ve, el río y su camino siguen hablándonos de historia, mientras contemplamos la riqueza natural de las riberas, que en muchos de estos tramos navarros son espacios naturales protegidos de la europea Red Natura 2000.

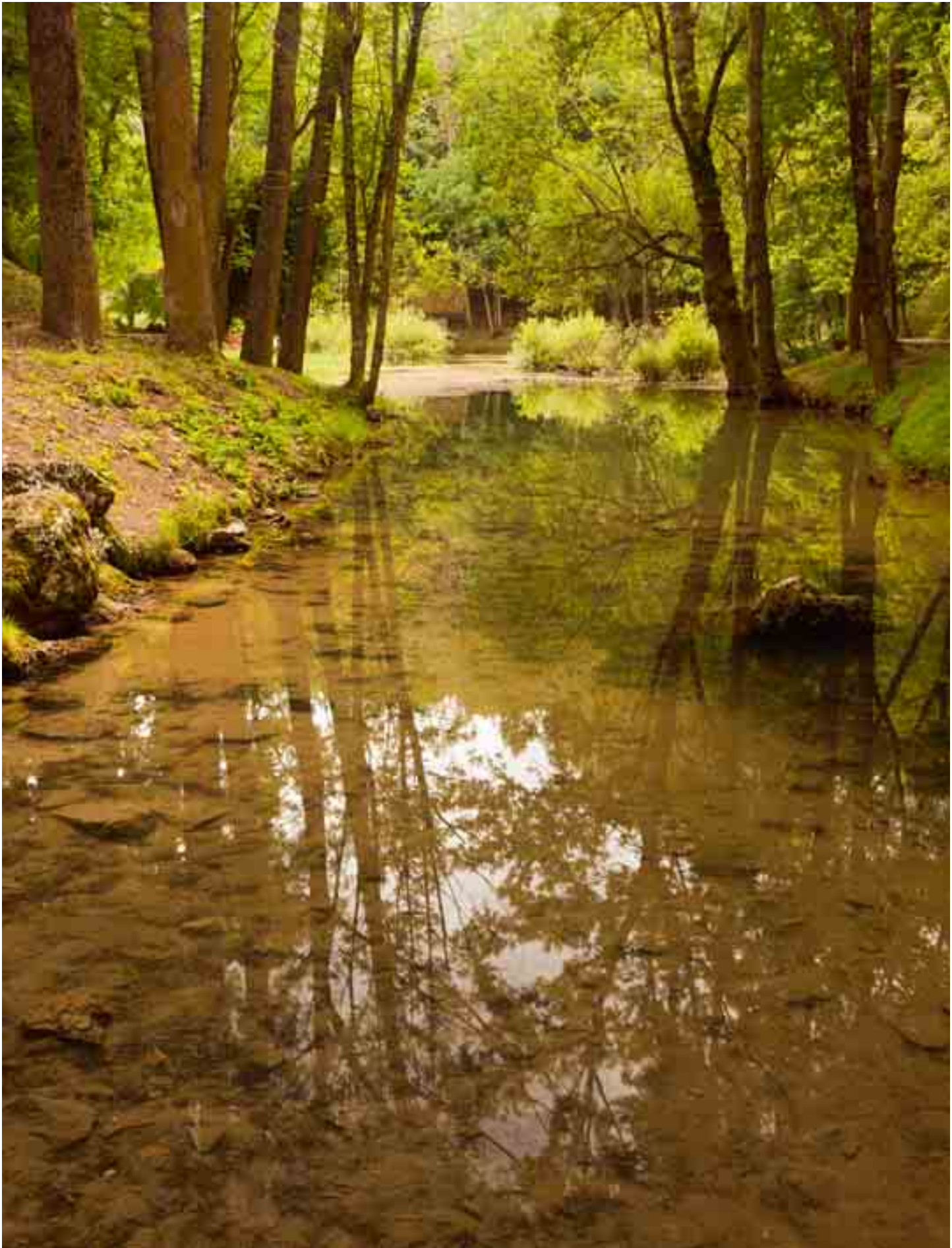
Entramos en La Rioja, en Calahorra, la prerromana *Calagurris Nasica*, de rica historia y leyendas tal como lo recoge el escritor, periodista y amigo José Ramón Marcuello en su obra de interesante lectura *Mitos, leyendas y tradiciones del Ebro*. Aquí, también podremos remontar el río Cidacos por su Camino Natural y, ya en Logroño, otro puente de piedra; en este caso es vía principal de paso del Camino de Santiago, que desde los puertos pirenaicos de Roncesvalles, en Navarra, o desde el aragonés de Somport confluyen en el cruce del río Arga en la navarra Puente la Reina. Continuamos por la vega riojana y llegamos al espectacular meandro en la base del escarpe de la localidad de Briones, circundados de un paisaje alomado y cuajado de vides. Atravesando las denominadas Conchas de Haro, farallones calizos que el río rasga, para adentrarnos brevemente en Álava. El paisaje cambia nuevamente a un verde más intenso, ya que el clima más húmedo permite una cobertura de frondosas sobre la sierra de Cantabria. Es aquí donde nuestro camino confluye con otra ruta histórica que desde Irún, por el Camino de Santiago Vasco del Interior o Ruta de Bayona, era y es recorrido por caminantes hasta su entronque con la ruta jacobea principal en Santo Domingo de la Calzada.

La burgalesa Miranda de Ebro nos recibe con la pequeña laguna endorreica de Bayas, en cuyo carrizal se refugian las anátidas, batidas por los aguiluchos laguneros. El puente de Carlos III nos lleva al casco antiguo y a la Picota, lugar que domina la ciudad y, como su nombre indica, punto de ajusticiamiento y escarnio de la justicia medieval.

Volvemos a entrar en el País Vasco. Por la margen izquierda llegamos a Fontecha con su recia torre del Conde de Ordaz. El río, otra vez, es represado para producción hidroeléctrica. Entre los saltos y presas, destaca el embalse de Sobrón, situado en el espectacular congosto formado al atravesar los montes Obarenes, con sus masas calizas colgadas sobre la lámina de agua. Dejando atrás la vieja central nuclear de Santa María de Garoña, que refrigera sus instalaciones con las aguas del embalse, nos adentramos por el valle de Tobalina; el espacio es más abierto y las villas y lugares de estas tierras castellanas están colmadas de casas solariegas y blasonadas fachadas. Ya en Frías cruzamos el impresionante puente fortificado, bajo la vigilante silueta de la torre del castillo enrocado sobre la villa. Nuevamente, otro paso, el contundente puente medieval de Pesquera de Ebro, nos conduce a las hoces del Alto Ebro y del río Rudrón, con espectaculares parajes de escarpados roquederos, sobrevolados por los buitres leonados y alimochos. Es obligado detenerse en Orbaneja del Castillo y disfrutar de este lugar de extraña belleza con su caserío colgado bajo la roca.

Entramos en Cantabria por el valle de Valderredible. En San Martín de Elines el camino pasa a la vera de su colegiata del siglo XII, de reducido tamaño pero de hermosa factura y de interesante historia. El caminante, abrumado por la belleza del paisaje y la sucesión de poblaciones con recias casonas bien conservadas y numerosos monumentos civiles y religiosos, también puede disfrutar de la diversión que, en estos tramos, supone la práctica del descenso de embarcaciones de deportes de aventura que permite la morfología del cauce y los desembalses de la cercana presa de cabecera.

Llegamos al embalse del Ebro, situado en las inmediaciones de Reinosa; su construcción conllevó el tributo de parte de los habitantes del valle, que vieron inundadas sus casas y campos.



Con él, se garantiza la irrigación de más de 100.000 hectáreas, mediante las tomas directas del río de los canales de Lodosa, Tauste, Imperial y del Delta, así como de otras acequias menores y elevaciones, sin olvidar que aún hoy se suministra el agua de abastecimiento a varios cientos de miles de habitantes ribereños. La lámina de agua es contorneada por el suave relieve de las orillas del embalse, en un abierto valle con verdes pastizales donde pacen vacas y caballos, con el fondo, al noroeste, de la sierra de Peñalabra con el Pico Tres Mares de 2.195 m de altitud y su estación de esquí del Alto Campoo.

Una vez atravesada la ciudad de Reinosa, y en sus cercanías, al fin llegamos a las fuentes del Ebro: Fontibre, la *Fons Hiberi*, nacimiento querido y convencional del río, ya que como describió en 1863 el ingeniero Pedro Antonio de Mesa en su *Reconocimiento hidrológico del valle del Ebro*, el verdadero origen está en las estribaciones de Peñalabra: «(...) así que, no tenien-

do las aguas primeras del Ebro determinado origen, pues todas ellas provienen de los ventisqueros y filtraciones de montaña, he creído que debía colocarse el origen de dicho río donde el Hijaer empieza a llevar este nombre, que como se ha dicho, es en el puente de Riaño».

Pero el camino se ha terminado, es el kilómetro 0 o el 930 de nuestra ruta, en este frondoso paraje en donde manan las aguas bajo las rocas de sus orillas, lugar muy visitado por un laico peregrinar, el caminante descansa y se reconforta o se inicia en la aventura. El Ebro y su camino nos esperan para disfrutar de sus paisajes, historia y gentes. Su curso es tan rico que, en todo su recorrido o en parte de sus tramos, nos sorprenderá. Espero que estas someras pinceladas de mis «paisajes preferidos» les animen a recorrer este hermoso Camino Natural.



...
Meandros del Ebro en su curso medio



...
en la página anterior
Nacimiento del río Ebro. Fontibre.
Cantabria





Orbaneja del Castillo. Burgos. Castilla y León. Camino Natural del Ebro